

LA DIVA

Yo estuve esa noche en París, cuando Joyce y Proust se encontraron.

Dicen que se sentaron uno al lado del otro, pero lo cierto es que yo estaba entre ellos, como una diosa desnuda. Llevaba en el pelo una *aigrette*... bah, un adorno de plumas, pero eso sí, nada más que por razones literarias. Ellos acaso vieron un ave marina, de nariz larga y ojos saltones, de un refinamiento exquisito, pero les aseguro que no fue así.

Creo que nunca me vieron. Yo sigo siendo la que era y la que soy. Cada cual vio lo que vio.

Se ha escrito y repetido que fue en el hotel Ritz, de la Place Vendôme, en una comida que ofreció el barón de Rothschild, pero todo eso ahora no tiene la menor importancia. Está claro que todos esperaban oír la conversación de los más geniales monstruos literarios de la época, pero yo estaba por motivos mucho más personales y, sobre todo, por mi más profunda vanidad.

Dos semidioses, y una diosa desnuda entre los dos, es obvio que todo lo que se pudo decir estará teñido con los rosas y los oros de la falsedad.

La mitología actual quiere que Proust, o Joyce, le preguntó al otro si le gustaban las trufas que habían servido, y que Joyce, o Proust,

contestó secamente que no, y que eso fue el principio, el desarrollo y el fin de la conversación. Yo los miraba a los dos, aunque me parece que ellos nunca me miraron a mí, y no olvidaré ni una sola de sus palabras.

Han pasado casi cien años, y yo estoy tan animosa y radiante como esa noche.

Brindo ahora por ellos con una copa de champagne. Seamos francos, pero desde que legitimaron el caos, parece que todo está permitido en la narrativa. Es verdad, al final todo se arma de nuevo en la mente del lector, porque todo se vuelca en su memoria. No hay forma de relatar ni de describir la realidad de un modo ordenado, porque la realidad es siempre un caos. Lo único que puede hacer el narrador es dar una apariencia de orden en su relato. Eso es todo.

París no era lo que es ahora. Bueno, en realidad se trata de dos mundos distintos. En aquella época, la gente iba a esos lugares de etiqueta, y esto ocurrió después de un estreno de los ballets rusos, porque la cena era una celebración, así que tiene que haber sido entre 1920 y 1922. Seguro estaban también Igor y Diaghilev, y no sé si también Picasso, Victoria y Cocteau. No, no éramos tantos, y además, sí, los rusos estaban muy cansados y se retiraron poco después de la medianoche.

Joyce no vino de etiqueta, indudablemente porque era un snob, y había bebido de más; Proust llegó tarde, envuelto en sus imposibles abrigos, seguido ya de cerca por las sombras de una danza macabra. Tenían sólo una cosa en común: para los dos, lo más importante del universo era hablar de su propia obra. El *Ulysses* se había publicado poco tiempo atrás, y todo París hablaba de su novela, como de una mujer de moda, que nadie jamás ha llegado a conocer. *En busca del tiempo perdido* estaba ya escrita, pero crecía en correcciones y frases que se repetían en los salones con unción, como un chismorreo sagrado. James descalificó la enfermedad de su colega, pero lo cierto es que Marcel moriría seis meses después.

He descubierto con asombro que no todos piensan como yo, pero ver una historia que se sostiene en el tiempo, eso es otra cosa. Una historia con un conflicto, un nudo argumental y una resolución, esto es todo artificio, y sólo se puede dar con unos personajes que aparenten una continuidad. El caos y el torrente verbal, porque vamos, las narraciones son como ríos que se vuelcan finalmente en el mar, y todo se confunde en el océano de la memoria. Nada más.

Un autor inglés hace poco escribió que fue en el hotel Majestic, y que la anfitriona fue Edith Sitwell (¡Mi queridísima Edith, qué habrá sido de ti!), pero la verdad es que ya ni siquiera me acuerdo de esos detalles y pormenores. Mi cabeza es una usina incesante de disparates. Puede que algo me lo esté inventando en este momento, pero sí es verdad que no simpatizaron entre ellos, que James fumaba como un murciélago, a sabiendas de que Marcel era asmático, y que abrió las ventanas a pesar de que le molestaban el humo y las corrientes de aire.

¡Ha pasado tanto tiempo! Algo aprendí desde entonces, muchas cosas siguen siendo igual. En literatura, uno de los temas más eficaces es el de volver a un lugar donde uno ha sido feliz con otra persona que ya no está.

Yo no sólo estaba brillante, en mi graciosa desnudez, sino en uno de mis mejores momentos. Lo diré de una vez: De joven yo creía que había que hacer todo el esfuerzo que fuera necesario para ser natural. (Entonces hacía unos terribles esfuerzos por ser natural; ahora ya me sale más fácil.) Ya madura, sigo creyendo lo mismo. Nada más sencillo para mí que tratar de ayudarlos, con el encanto de mi conversación, pero todos los temas terminaban rotundamente en un “No”. No, este sonido los iba a condenar para siempre al silencio. Le pregunté a Joyce si conocía al príncipe de tal y me contestó que no; giré la cabeza hacia Proust, le dije si había leído el *Ulises*, su respuesta fue “No”. El arte de la conversación era así algo completamente improbable.

Joyce miraba hacia adentro, cortaba, barajaba, y daba de nuevo al mundo en nuevas *palabrijas*; Proust miraba el mundo, y dentro de él se convertía en larguísimas frases de inobjetable perfección que eran como una música o un río de América del Sur.

Esa noche ahora es un mito. Hay cuatro o cinco versiones de lo que pasó. Seis, qué sé yo. Como en una odisea, todo se trata de recuperar un tiempo perdido. James nunca dijo: “Me hubiese gustado encontrar a Marcel en otro lugar, más a solas, para hablar con él a gusto, aunque no sé de qué”, pero yo sé que lo pensó.

No volverían a verse. Proust corrigió y corrigió hasta el final, y creo que del *Ulises* nunca se enteró. No sé cómo habrá leído Joyce la monumental obra de Marcel, pero me consta que se burló de los dos. Lo estoy viendo en su funeral, rodeado de la crema de la crema del faubourg Saint-Germain, un poco incómodo, luego intimidado, por fin escondiendo la cara en las manos cuando el organista tocó la *Pavana para una infanta difunta*.

Ambos me conocieron y ambos escribieron sobre mí; ninguno de los dos faltó a la verdad, pero los dos contaron cosas distintas.

Ahora, los dos siguen conmigo como en un sueño que no tiene fin. Yo vuelvo a esa noche y se parte mi corazón más que humano, como para darle una mitad a cada uno de los dos. Cambio todos los días, como las nubes o el mar, y soy siempre yo misma, como una mujer. Esa noche era una sola, pero ellos vieron una diosa distinta cada uno.

Ahora ustedes pueden juzgar cuál resultó mi favorito.

Ahora yo vuelvo a estos hoteles vacíos, a estos palacios abandonados, a estos parques desiertos, y no encuentro a ninguno, a nadie de los que estuvieron ahí, a nadie, a ninguno.

Ya no sé si fue en el Majestic o en el Ritz, si los anfitriones fueron los Radziwill o los Schiff. El *Ulises* fue un glorioso fracaso y la *Recherche* es una epopeya social. Reconozco que mi cabeza es un caos y un

sumidero de ideas, y que muchos datos circunstanciales se los debo a Tomás Eloy. Acaso ahora sus voces sean una misma voz, acaso ahora están abrazados en el océano del olvido.

Ahora ustedes investiguen quién soy.